



N° 215

***“Paisajes originarios
americanos: una historia natural
y cultural”***

Autora: Dra. Marta Miras.

**Comentaristas:
Ing. Agr. Verónica Fabio y
Arq. Pablo Willemsen**

Viernes 1 de septiembre de 2017 - 12:30 hs

Paisajes originarios americanos: una historia natural y cultural

Doctora Marta Mirás

Colaboradores:
Arquitecto Alejandro Alonso
Licenciada en P.D.P. Susana Scalise

RESUMEN

En este trabajo inicial se revisan algunos segmentos de la historia de los paisajes de los pueblos originarios americanos pertenecientes a estadios previos a la conquista. Desde un abordaje pluridisciplinar, se articulan aspectos del mundo natural y cultural incorporando saberes provenientes de la Antropología y la Ecología del Paisaje. La principal hipótesis que se plantea es demostrar que las distintas comunidades desarrollaron modos de concebir y utilizar el paisaje, dejando huellas que pueden ser interpretadas desde la perspectiva histórica. Se proponen dos estrategias metodológicas: 1) estudiar los sentidos que pueden adquirir en relación a los vestigios disponibles y 2) articular estos conocimientos con otras investigaciones sobre la problemática. En este avance fragmentario y parcial, se revisan y examinan paisajes situados en algunas áreas de la Región Pampeana y del Bajo Delta Insular del Río Paraná.

“El paisaje es memoria. Más allá de sus límites, el paisaje sostiene las huellas del pasado, reconstruye recuerdos, proyecta en la mirada las sombras de otro tiempo que sólo existen como reflejo de sí mismo, en la memoria del viajero o del que, simplemente, sigue fiel a ese paisaje”.

Julio Llamazares

En las distintas culturas se han generado visiones de la naturaleza vinculadas a la obtención de recursos necesarios para la subsistencia y a su idealización en clave estética. Estas concepciones pueden detectarse en los diferentes tiempos históricos. Desde las diversas versiones del “paraíso” o “jardín del Edén”, mito iniciático del mundo en las religiones de la antigüedad indoeuropea, a la idea de la “Tierra sin mal”, que anhelaban y ritualizaban los pueblos americanos conocidos como guaraníes. El concepto de paisaje integra el presente y el pasado, lo que es y ha sido, y desde este punto de vista refleja las inabarcables historias de sus habitantes.

En este trabajo inicial se revisan algunos segmentos de la larga y poco estudiada historia del paisaje de los pueblos originarios americanos, desde un abordaje pluridisciplinar. Por un lado, se articulan aspectos del campo natural y cultural con

definiciones (o premisas) desde la condición de “paisajes originarios”. Asimismo, se incorporan saberes provenientes de la Antropología y la Ecología del Paisaje, en función de los interrogantes que aquí se plantean y desde una perspectiva ambiental y simbólica. En los primeros avances presentados¹, para la selección de los objetos de estudio se siguió la lógica de revisar sitios de profundo interés paisajístico, como el denominado Tiahuanaco (Tiwanaku)² y el ubicado en torno al pueblo de Ollantaytambo. En el presente se analizan lugares y regiones del territorio argentino, en particular del área fitogeográfica conocida como Pampeana.³ El propósito es contribuir al conocimiento de la temática, desde un nuevo proyecto sobre la Historia del Paisaje local, vinculado metodológicamente a los realizados anteriormente por nuestro grupo de estudio.⁴

La principal hipótesis que se plantea es demostrar que distintas comunidades desarrollaron particulares concepciones en relación a la naturaleza, que pueden ser estudiadas desde la perspectiva histórica. Sin embargo, la sutil materia que conforma los entornos naturales lleva consigo la dificultad de recuperar vestigios y, por lo tanto, este resulta uno de los principales desafíos a sortear. Desde el punto de vista teórico, en función de los modos de configurar la argumentación, este trabajo se plantea en sintonía con los enfoques de las últimas décadas conocidos como “giro antropológico, en el campo de la historia (Burke, 1996, p. 81) y de los estudios culturales, considerando que la palabra cultura, desde esta perspectiva “tiene significados especializados en determinados campos de estudio”. (Williams, 2003, p. 18)

Un aspecto a destacar es que entendemos que referirse a “paisajes originarios” implica considerar la biodiversidad que contiene nuestra América, así como la importancia que adquiere esta condición en las circunstancias actuales de vulnerabilidad de la vida en el planeta. Hoy, distintos grupos vinculados a la problemática del paisaje en las Américas han generado documentos participativos, conocidos como “Cartas del Paisaje”, que expresan la importancia de la conservación del patrimonio natural y cultural. Este trabajo se sitúa en sintonía con estos esquemas de trabajo y en relación a otras investigaciones en curso en la región.⁵

¹ En las “XXX Jornadas de Investigación, XII Encuentro regional, SI FADU UBA (2016) fue presentada la ponencia de Mirás, M., Alonso, A. y Scalise, S., “Paisajes Originarios un relato por construir”.

² Sitio arqueológico de la cultura conocida como Tiahuanaco o Tiwanaku, participamos de la “visita técnica” realizada en el marco de la IFLA Conferencia Regional de las Américas: “Ciencia y conciencia del paisaje”, La Paz, Bolivia, 2015.

³ Los Seminarios “Paisajes originarios” se dictaron en el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzo, fueron organizados por la cátedra Mirás de Historia de la Arquitectura Paisajista, Carrera Planificación y Diseño del Paisaje. En 2016 se revisaron distintas regiones de América, y en 2017 algunas pertenecientes al territorio argentino.

⁴ “Historia del Paisaje. Las obras en Buenos Aires la segunda parte del siglo XX” SI HyC N° 22 (2011-2013), a partir de la base recopilada en la anterior presentación, el Proyecto “Modelos paisajísticos en Buenos Aires, 1960-2010” (2014-2016), SI HyC N° 43. El Proyecto en curso se denomina “Paisajes Originarios” PIA HyC 17. (2016-2018)

⁵ Esta investigación se realiza en relación con IFLA (International Federation Landscape Architects) y LALI (The Latin American Landscape Initiative). En el encuentro anual del año 2015 en la ciudad de La Paz, Bolivia, presentamos la ponencia de Artesi, Ana y Mirás, Marta, título: “El Bajo Delta Insular del Río Paraná: naturaleza y vestigios culturales”. Este trabajo fue uno de los primeros avances sobre la temática desarrollado por nuestro grupo de investigación.

En función de estas premisas, hemos propuesto dos estrategias de abordaje metodológico: 1) estudiar los sentidos que pueden adquirir los distintos paisajes en relación a los vestigios disponibles y 2) articular estos conocimientos con otras investigaciones sobre la problemática. En esta presentación, en primer lugar, revisamos algunas tradiciones historiográficas para ponderar el tema en perspectiva histórica. Luego presentamos un avance, fragmentario y parcial, sobre paisajes situados en la Región Pampeana y en el Bajo Delta Insular de Río Paraná. Se destaca que este trabajo ha contado con la participación, en la búsqueda de materiales y contenidos, de docentes, pasantes y estudiantes de la materia Historia de la Arquitectura Paisajista.

La conciencia de los inicios

En el inicio de esta investigación, resultó central la instancia de revisión de definiciones para poder modelar el objeto de estudio. Cabe entonces comenzar preguntando: ¿de qué hablamos cuando hablamos de paisajes originarios? Con la intención de indagar de otro modo: ¿de qué hablamos cuando hablamos de paisaje? Se considera aquí que, si un grupo de *homo sapiens* reconoce e interpreta el entorno natural en el que está inmerso, desde este punto de vista, podemos referir a “paisaje”, y si refleja su visión en algún soporte o expresión cultural, expresa modos de apreciarlo.

En contrapartida se hace notar que, desde visiones tradicionales de la Historia del Paisaje se han construido potentes relatos acerca de jardines europeos diseñados y “plantados”. Estos han tenido gran influencia, por su difusión, generando profundas transformaciones en los entornos naturales y urbanos.⁶ En el marco de este trabajo, se intenta tomar distancia de esas concepciones de corte estético, entendiendo al paisaje como un conjunto de saberes que comprende aspectos ambientales y culturales. Una definición de partida puede ser entonces: “El paisaje entendido como una cosmovisión o sistema de teoría y práctica de actuación en contextos en algún grado de antropización (ya no queda ningún residuo puro de naturaleza), que se aboca a temas dominados por la problemática urbana y la dimensión cultural, siempre manteniendo una suerte de nostalgia activa con la naturaleza perdida”. (Fernández, 2009, p.194)

En relación a estos supuestos, algunas preguntas orientadoras de los distintos aspectos a indagar son: ¿Desde qué esquemas de pensamiento podemos plantear la relación de las comunidades con la naturaleza? ¿Cómo revisar la cosmovisión de grupos americanos previos a la conquista? Y en función del análisis de nichos ecológicos diferenciados: ¿Cuáles pueden ser los elementos visibles de los entornos físicos que sugieren el uso del paisaje? ¿Cuáles las modificaciones antrópicas, como asentamientos y/o siembras?

Al comenzar con esta historia cabe considerar que la aparición del género *homo* en América sigue siendo una cuestión a dilucidar; la vastedad de las investigaciones se encuentra en revisión en función de trabajos arqueológicos, que derivan en nuevas

⁶ Dos modelos de intervenciones que, en la Historia del Paisaje se conocen como “jardín racionalista” (francés) y “jardín paisajístico” (inglés).

dataciones y reconfiguración de áreas de estudio. La búsqueda de explicaciones científicas sobre el poblamiento americano se intensifica en el siglo XIX con la emergencia de las ciencias biológicas, en particular con la publicación de la “Teoría de la Evolución de las especies”, de Charles Darwin y las exploraciones de los denominados “científicos viajeros”, como principales iniciadores de los estudios sistemáticos sobre el tema.

Si bien la revisión de estas investigaciones hasta el presente excede sobradamente el alcance de nuestro trabajo, se puede señalar que la existencia del género *homo* comenzó a ser interpretada como el resultado de un largo proceso que se produjo en la última parte de lo que se conoce como era cuaternaria. La principal teoría ha sido la denominada genéricamente “del poblamiento tardío”, avalada por considerables vestigios arqueológicos y paleontológicos. Sin embargo, en particular en las últimas décadas, las distintas hipótesis complementan el ingreso por lo que se denomina puente “Beringia”, (circa 18.000 y 20.000 años A.P.), con la posibilidad de llegada a través de los océanos, por las coincidencias encontradas con rasgos físicos y culturales con comunidades de otros continentes. Estas teorías se conocen genéricamente como del “poblamiento temprano” (circa 20.000 y 25.000 años A.P.).

Algunos de los estudios, como los del antropólogo estadounidense Alex Hrdlicka, enfatizan que provenientes de Asia, en el período Holoceno, los grupos *homo* fueron ingresando por el estrecho de Bering. Estos migrantes, emparentados biológicamente con las poblaciones mongoloides asiáticas, eran cazadores con una cultura material paleolítica. Las premisas, parcialmente modificadas por los avances arqueológicos, se encuentran en la base de lo que constituyó en la antropología estadounidense, durante la segunda mitad del siglo XX, como la postura hegemónica conocida en los medios científicos con la “hipótesis Clovis”. (Mandrini, 2008, pp. 21 y 22) Sin embargo, la solidez de esta teoría ha sido puesta en crisis por otras basadas en dataciones que surgen de nuevos sitios arqueológicos. En Sudamérica se destacan, entre otros, los que se encontraron en la región de Pedra Furada (Brasil), y en Monte Verde (Chile), donde se realizaron hallazgos que darían cuenta de “asentamientos” más tempranos. (Dillehay, 2000, p. 194 y ss)

Asimismo, los habitantes primigenios del territorio argentino están siendo estudiados en relación a distintas regiones. En la denominada Pampeana, las dataciones se sitúan en unos 12.000 años A.P., en relación a cómo se fueron transformando algunas condiciones medioambientales. Aquí, la existencia de la etapa denominada de “cazadores y recolectores”, comprende grupos que alternaron en paisajes que poseían los recursos suficientes para la subsistencia, donde fueron construyendo su mundo sociocultural: “... las llanuras de Argentina y Uruguay fueron inicialmente pobladas por seres humanos hace ca. 12.300 años A.P. Estos datos no apoyan el modelo de poblamiento americano tardío, conocido como “Clovis First” (i.e. Lynch 1990) ya que, como se ha demostrado, mientras los cazadores-recolectores Clovis se extendían por las llanuras norteamericanas, las pampas argentinas y uruguayas ya estaban habitadas por seres humanos. Sin embargo, los datos presentados tampoco apoyan

una ocupación humana del continente hace decenas de miles de años”. (Polittis et al., 2004, p. 219)

En el estudio de las comunidades que habitaron el extenso territorio argentino se pueden distinguir diferentes etapas, se propone indagar: ¿Cómo fueron habitados los distintos paisajes? ¿Qué aspectos resultaron relevantes en las diversas localizaciones? ¿Qué huellas dejaron estas comunidades? Consideramos los paisajes en función de una configuración de larga duración, obviamente teniendo en cuenta lo complejo, heterogéneo y no lineal de los procesos.

Regiones y periodización: un primer avance

En principio, en los estudios suele diferenciarse una primera etapa de cazadores y recolectores; las historias locales se han situado para comenzar con sus relatos en la región del noroeste argentino, por tratarse de un área de particular desarrollo que posteriormente integró el Tawantinsuyu. El sector de la puna andina, aunque poseía condiciones difíciles para la subsistencia, fue recibiendo comunidades provenientes del norte que se ubicaron en principio en valles y quebradas, “...las plataformas y terrazas ofrecían condiciones topográficas y edáficas más adecuadas al establecimiento humano”. (Bruniard, 1999, p. 45) Los vestigios dan cuenta de su existencia en base a la caza y a la utilización de vegetación en las áreas menos frías. Se hace notar que este abordaje historiográfico, que destaca la relevancia de esta región, expresa un criterio que pone en valor la etapa vinculada a su integración a un sistema imperial, como también a la conquista europea.

Sin embargo, en las últimas décadas, la Región Patagónica e Isla de Tierra del Fuego se han convertido en uno de los principales sitios de estudio. Se ha podido comprobar que fue habitada tempranamente, sus condiciones ambientales eran diferentes, contenía abundantes reservas de agua y vegetación. Otra región que suele diferenciarse es “el oriente de la llanura pampeana”, en particular las sierras de la provincia de Buenos Aires. En el Pleistoceno se han detectado sus primeros habitantes en un ambiente propicio por la presencia de fauna numerosa y variada. Por otro lado, en los paisajes de la región conocida como Mesopotámica también se situaron poblaciones muy tempranas. El clima se había modificado, volviéndose más cálido y así creció el caudal de los ríos, los grupos *homo* se adaptaron favorablemente a esas condiciones. (Mandrini, 2008, p. 34 y ss)

En lo que puede considerarse una segunda etapa, (aprox. 5000 años A.P.), en la Región Andina se intensificó la presencia de distintas comunidades. También, otras áreas de estudio se configuran en las sierras de la actual provincia de Córdoba, y en la llanura chaqueña. Las poblaciones del litoral fluvial se diversifican entre los cazadores y recolectores costeros, para los cuales fue vital la pesca y la posibilidad de navegación por los ríos, que se diferenciaron los pueblos conocidos luego como Charrúas, Minuanos y Querandíes vinculados con los horticultores amazónicos, conocidos como Chaná-Timbúes. Por otro lado, especial consideración merecen por su expansión los que fueron agrupados bajo la denominación de Guaraníes.

En una tercera etapa (2.000 años A.P.) las transformaciones de los paisajes se basan en la diversificación de la producción de alimentos, en la confección de herramientas, objetos de uso y otros, con evidente carga simbólica. Las comunidades de Los Andes se consolidaron y hacia fines del período formaron parte del sistema de dominación territorial inca. Aproximadamente 1300 años A.P. se destacan las diferenciaciones sociales, con la fuerte presencia de culturas consolidadas, unos 800 años A.P. se reconfiguran las distintas comunidades, se construyen pucarás y “chacras”. También en las áreas del centro de Argentina, para los cazadores y recolectores la caza se diversifica. Se destacan los pueblos denominados Querandíes, cerca de las costas, que basaron su alimentación en la caza del venado de las pampas y el ciervo del pantano. Convivieron con otros grupos dedicados a la recolección de vegetales y a la pesca, en este período adquiere especial importancia la alfarería. En la Patagonia habitaban comunidades que ofrecieron gran resistencia a los españoles. Los que fueron llamados Aucas (Araucanos), cuyo nombre era Mapuches (Gente de la tierra) que abarcaron una importante diversidad de grupos y distintas ramas lingüísticas; desarrollaron prácticas hortícolas, dando especial importancia a los bosques, la pesca y la caza.

En lo que puede ser considerada desde esta primera aproximación, una cuarta etapa se produce la gran transformación del ambiente por influencia de la conquista, y cabe destacar que, la mayor parte de las fuentes consultadas para el estudio de las comunidades pertenecen a estos siglos posteriores. Así, los relatos y las representaciones disponibles responden a los esquemas de pensamiento provenientes de otras culturas. En este avance parcial y en función de las distintas etapas, se revisan algunos segmentos temporales según las dimensiones de análisis consideradas. Para estudiar este contexto problemático se elaboró una base de datos donde la información ha sido registrada en dos “fichas”, una de corte sociocultural y otra, que hemos denominado “paisajista”, así se individualizan regiones y comunidades en relación a nuevos hallazgos.

Paisaje, arqueología e historia

Una de las primeras premisas aquí planteada ha sido que el paisaje, como construcción antrópica, se vincula a la cosmovisión en tanto experiencia del mundo. Las distintas comunidades condicionaron su hábitat en función de su particular estadio cultural, y a través de procesos de apropiación de “una determinada porción de territorio, tal como es percibida por las poblaciones, cuyo carácter deriva de la acción de factores naturales y/o humanos, y de sus interrelaciones.”⁷ Desde esta perspectiva surge que sus habitantes, los que lo perciben y en algún grado lo intervienen, son los que le dan significación y sentido. Nos preguntamos qué saberes científicos serían los más productivos para el estudio de la historia de estos paisajes.

⁷ Definición de paisaje de la Convención Europea del Paisaje, celebrada en Florencia en octubre de 2000.

Desde un abordaje pluridisciplinar, para la ponderación de los vestigios físicos de la intervención de las culturas originarias sobre el hábitat, la Arqueología del Paisaje resulta uno de los saberes más productivos para enriquecer y problematizar la temática.⁸ Puede ser considerada como “una propuesta metodológica para la investigación de las sociedades antiguas desde su espacialidad” y representa una concepción de la historia para la cual las relaciones sociales adquieren un rol central, en particular, respecto del cambio social. Desde esta perspectiva se concibe al paisaje como “la resultante sintética de los procesos históricos, como una construcción en constante cambio (...) la arqueología del paisaje plantea una lectura en el tiempo y el espacio de las relaciones sociales en toda su complejidad; constituye una metodología para el estudio de las sociedades del pasado que atiende, de forma particular, su relación con el presente.” (Orejas, 2013, p. 201, 202)

Así puede destacarse que “...la arqueología y la historia confluyen en su objetivo último: el análisis del proceso histórico en su conjunto.” (Carandini, 2001, p. 178), y puede considerarse que su estudio implica “el espacio de las relaciones sociales en todas sus vertientes; la relación de la comunidad con el entorno; la explotación de los recursos naturales, o la manera en la que una comunidad percibe el mundo. Lo económico, lo político, lo social y lo imaginario son facetas sintetizadas en el paisaje”. (Orejas, 2013, p. 202)

Para plantear distintas formas de entender el pasado que impliquen tener en cuenta aspectos fenomenológicos resultará necesario pensar el paisaje como un concepto móvil, cambiante, dinámico y por lo tanto histórico. El estudio de las huellas arqueológicas además de interpretar su materialidad puede así contribuir a elaborar las múltiples realidades sincrónicas y diacrónicas. De este modo, “la arqueología del paisaje conecta el pasado y presente porque reconoce la intervención del hombre sobre el medio.”. Como lo sugiere la cita inicial de este texto, los paisajes de hoy conservan las huellas del pasado más lejano, constituyendo “un registro arqueológico continuo que encierra informaciones de distinta naturaleza; elementos físicos que testimonian su ocupación y explotación, y también paleosuelos, datos paleoambientales y paleoeconómicos, tradiciones y concepciones del territorio junto con su significación social”. (Orejas, 2013, p. 203)

Desde esta perspectiva “...la configuración del paisaje reside en la relación de la cultura con la naturaleza, es asociativa, es decir, conforman una unidad de la cual emerge el territorio” (Manuel, 2012, p.116). El vínculo de las comunidades con el paisaje se puede observar a través de sus características y de la lógica que lo organiza; cuando un paisaje ha sido modificado por la intervención, se aprecia el resultado de un largo proceso de transformación. El objetivo excede el campo de estudio anclado únicamente en tiempos remotos, otorgándole un sentido fáctico: permite entender cómo los paisajes del pasado continúan en el presente,

⁸ En las últimas décadas la arqueología del paisaje ha cobrado vital importancia para el estudio del pasado, en particular remoto. Numerosos estudios y congresos científicos han enriquecido su campo de estudio.

condicionando las futuras intervenciones a través de sus marcas impresas en el territorio.

En relación a las variantes en el funcionamiento y la fisiología de sus paisajes, en uno de los textos ya clásico sobre Ecología del Paisaje, se considera relevante: "...la importancia de las formas del meso y micro-relieve, en cuanto a transferencia de materiales que dejan efectos por mucho tiempo, como las heredadas por la geomorfología pleistocena que condiciona una parte enorme de los suelos de la zona templada. Y también, las propiedades generales y complementariedad de la estructura geosistemática, que comprenden fenómenos zonales y relaciones geoquímicas, pisos altitudinales superpuestos que se corresponden con características climáticas. Según el tipo de territorio, el autor diferencia entre las grandes llanuras que presentan una clara expresión de la geosistematicidad y, por otro lado, el territorio de montaña, que ofrecerá una fuerte dominancia de geosistemas vectoriales, meso y macro relieve (Gonzalez Bernaldez, 1981, p. 13-15)

La Región Pampeana

La Región Pampeana es uno de los paisajes integrales que más han identificado a nuestro país, resulta inescindible de su conformación y proceso de modernización. En el marco de los que ha sido su transformación físico-cultural a través de siglos y milenios, las comunidades originarias conforman hoy un tema en plena revisión. Según el RAE "pampa" es una palabra que proviene de la lengua quechua, que traducido significa llano, llanura y en su quinta acepción "cada una de las llanuras extensas de América del Sur que no tiene vegetación arbórea". Pampa remite también a la provincia fitogeográfica denominada como Región Pampeana, que abarca el sur de Brasil y Uruguay. Se caracteriza por su amplia estepa, con diversidad de estaciones húmedo-seco, según la presencia proporcional de precipitaciones.

En el Atlas, en la Unidad de Paisaje Pampa, se describen algunas de sus condiciones ecológicas: "Con un clima templado, régimen de precipitaciones parejo a lo largo del año (isohigro) y un suelo limoso, las plantas que dominan el paisaje son herbáceas que forman el extenso pastizal pampeano. La comunidad típica original es el flechillar. Sus espigas aristadas con tonos pajizos y dorados sobre el extremo de las inflorescencias, cubren en primavera amplias superficies y se mecen con el viento dando un paisaje característico. Este paisaje se ve acompañado en diferentes puntos por arbustos bajos con varias especies de chilcas, carquejas y carquejillas. En años húmedos la fisonomía de la vegetación se asemeja a una pradera (con una cobertura vegetal mayor al 90%), en tanto que en años más secos se parece más a una pseudo-estepa. (...) actualmente casi no han quedado parches de pastizal pampeano similares a los originarios de los campos altos en los alrededores de Buenos Aires. La excepción son los campos bajos (..) si bien ha producido importantes cambios ecológicos (por ramoneo selectivo y pisoteo, por ejemplo) mantuvo el predominio de las comunidades vegetales nativas. La implantación de árboles exóticos también produjo cambios en la fisonomía de la estepa pampeana original, que se caracterizaba por la pobreza de árboles autóctonos". (Atlas Ambiental de Buenos Aires 2010)

La Región Pampeana ha sido un paisaje singularizado por sus condiciones topográficas y su extensión, que fue atravesada y recorrida en función de una diversidad de senderos locales. Desde la idea del “Laboratorio Americano”, Roberto Fernández se detiene en “la mirada de Humboldt”, a través del cual observa el territorio como “una inmensidad de las que ocurren en Latinoamérica.” Y señala que Alexander von Humboldt: “Resultó uno de los primeros científicos que realizó estudios ecocomparativos, analizando en paralelo los llanos venezolanos, las llanuras norteamericanas, las pampas argentinas y las estepas centro asiáticas, planteando iniciales indagaciones sobre aspectos de funcionalidad de ecosistemas de desierto y tierras de pastoreo...” (Fernández, 1998, p. 39)

Distintos autores han señalado la importancia que han tenido los relatos de viajeros y de naturalistas europeos en la construcción de la mirada sobre la región, particularmente en el siglo XIX. En sus recorridos por el extenso territorio, elaboraron sus descripciones: “... de la mano de estos apuntes de viajeros que miran la pampa o el desierto o el río desde los tópicos retóricos ya asentados internacionalmente en diferentes registros científicos o artísticos. Humboldt y Darwin, pero también Mostesquieu, y hasta Virgilio y Horacio, están literalmente presentes en la construcción de cierta identidad para los paisajes locales”. (Aliata y Silvestri, 2001, p. 9)

Entonces ¿cuáles han sido vistas como las características esenciales del paisaje pampeano? El “ser y estar”, el modelo de análisis heideggeriano puede configurar algunos de los esquemas de pensamiento para interpretar desde un enfoque perceptual su aparente homogeneidad, signada por la inmensidad. Cabe destacar que en el territorio que hoy ocupa nuestro país, la región abarca una de las llanuras más extensas del planeta. Es por eso que sus condiciones se vinculan a su vasta extensión, a la idea de horizonte interminable, la reiterada metáfora de los textos literarios que la comparan con el paisaje sublime del mar.⁹

También, en relación a su historia social se ha sugerido que el medio físico propicia la ambulancia y los intercambios, la cultura del movimiento que conllevaron sus primeros habitantes a través de milenios. Luego el gaucho, como actor social diferenciado, la continuó en sus modos de apreciar y recorrer los paisajes. En palabras de Don Segundo Sombra: “En la pampa las impresiones son rápidas, espasmódicas para luego borrarse en la amplitud del ambiente, sin dejar huella (...) Animales y gente se movían como captados por una idea fija: caminar, caminar, caminar”. (Güiraldes, 1926 (2004), p. 62)

Así, por sus escasos desniveles, cada accidente topográfico adquiere especial relevancia, ante la posibilidad de la diversificación de los puntos de vista y la

⁹ Esta temática fue desarrollada por Mirás, Marta en el módulo de Paisaje Rural en el Seminario “El paisaje de la Región Pampeana”, basado principalmente en el estudio y revisión de textos literarios y en expresiones visuales, dictado en la Carrera de Especialización en Planificación del Paisaje, FADU UBA, 2016.

alternancia de planos perceptuales. Las ondulaciones de la pampa denominada “cisalado”, el río Salado, las cañadas, esteros y lagunas, son algunas de las áreas que pueden percibirse como singulares en el paisaje. Los estudios geográficos han diferenciado distintas subregiones en función de estas variantes, considerando a la pampa del Salado, también denominada “pampásica deprimida”, y a la pampa del litoral, que comprende el Bajo Delta Insular del Río Paraná. Para un habitante de la región la lógica es la extensión ininterrumpida, es por eso que en esta condición predominantemente plana los conjuntos serranos son percibidos como excepción. Por ejemplo, el escritor Guillermo Hudson relató la sorpresa que le produjo ver la Sierra de Los Padres, que le permitió observar la pampa desde arriba. (Ramos, 2004, p. 24)

Los distintos autores que abordaron la temática desde las ciencias sociales han situado sus principales argumentaciones en la etapa posterior a la conquista, donde los relatos de viajeros, los textos literarios y las imágenes, primero de la pintura y luego de la fotografía, han construido a reflejar un mundo de rasgos socioculturales que contribuyeron a configurar y alimentar las particularidades de la región. En este trabajo, en relación a la historia del territorio previo a la conquista y en sintonía con la Arqueología del Paisaje, destacamos que: “En la Región Pampeana argentina el estudio de las relaciones de los grupos cazadores recolectores con su entorno ha sido abordado desde perspectivas muy variadas. En líneas generales, la problemática espacial con mayor énfasis en aspectos sociales tuvo más desarrollo en aquellos estudios basados en evidencias arqueológicas del Holoceno tardío y de momentos post conquista, aunque no de forma excluyente.” (Mazzia, 2013, p. 239) En sintonía con trabajos recientes, para caracterizar los lugares y paisajes, destacamos la importancia de los factores de localización, las relaciones territoriales, la obtención de recursos y la producción de objetos utilitarios y/o de representación.

La Región Pampeana: sierras de Tandilia y Ventania

Cabe formular entonces nuevas preguntas en función de la historiografía arqueológica, desde una mirada que intenta ser renovada sobre la historia del paisaje local: ¿Cuáles fueron los paisajes habitados en la región, que rasgos poseían? ¿Qué marcas físicas y culturales pueden detectarse? ¿Cuáles son los sentidos que pueden inferirse de la presencia de huesos, piedras, fósiles? Desde el enfoque que aquí se intenta construir, resultan centrales las distintas condiciones espaciales y los dispositivos de uso y visión sobre el territorio. En este sentido, destacamos que algunas de las principales localizaciones de las comunidades se vinculan a paisajes potentes en el horizonte inmenso de la llanura: los sistemas de las sierras de la provincia de Buenos Aires, lindantes con las costas marinas. Las sierras de Tandilia y Ventania por su constitución y características geomórficas, resultan paisajes excepcionales dentro de la región. En los estudios arqueológicos se ha podido comprobar que contienen un pasado cargado de distintas expresiones culturales, a lo largo de los tiempos históricos. Resulta evidente que la condición topográfica del área la posicionaba como estratégica para la protección y el cobijo, facilitando las amplias visuales sobre la inmensa planicie. Como ha sido planteado anteriormente, las hipótesis actuales sostienen que a finales del Pleistoceno las llanuras pampeanas fueron habitadas por

comunidades nómades que se situaban en las cadenas serranas y en las llanuras cercanas, hacia el mar. El área contenía diversidad de fauna, algunas especies de gran tamaño que ya no existen, pero la caza se basaba en animales más pequeños. Posteriormente, en la etapa denominada del Holoceno Tardío, la presencia que se ha podido detectar de especies vegetales no nativas, como el maíz, refieren a sociedades con mayor grado de permanencia.

¿Cuáles fueron las condiciones de la vegetación en la región serrana y en la pampa interserrana?: “Los estudios polínicos que apuntan a reconstruir la vegetación del pasado, matizan el punto de vista basado en la fauna, hubo oscilaciones climáticas, entre las cuales se registran algunos episodios secos y otros semejantes a la actualidad, más húmedos. Aún en el oeste de la pampa interserrana la vegetación predominante debe haber sido, como hoy, de pastizales.” (Crivelli, 1999, p. 187) También se ha podido comprobar la existencia de moluscos y otros elementos exógenos a la región, que dan cuenta del intercambio que se producía dentro del territorio. En el siglo XIX, cuando se afianzan las propiedades y la explotación de las tierras de grandes dimensiones en la región (estancias), el pasado remoto se hace visible a través de huesos y fósiles, frecuentemente conservados como un objeto de identificación regional, expresada en la frase: “pampa, tienes tus huesos”.

En distintas investigaciones arqueológicas de los últimos años se hace referencia a los trabajos realizados, en particular, en trece sitios de las cadenas serranas que fueron habitados entre 1500 y 2000 años A.P., allí las distintas comunidades dejaron sus huellas. “Los antecedentes de las investigaciones en esta área proporcionan información significativa sobre una secuencia cronológica y cultural de larga duración, constituida por ocupaciones recurrentes registradas en varios sitios arqueológicos (Cueva Tixi, Cueva El Abra y Amalia Sitio 2) que demuestran la importancia que tuvo este territorio para la vida humana. (...) Este conjunto se integra a otros seis sitios sincrónicos localizados en las sierras vecinas del partido de Lobería (Flegenheimer *et al.* 2006), ampliando la diversidad de sitios del patrón de poblamiento regional y extrarregional al incluir la circulación de rocas desde el territorio actual del Uruguay. (Mazzanti, 2006, p. 279) En función de los estudios revisados, hemos consignado en la base de datos los sitios arqueológicos (corresponden a trabajos en su mayor parte en curso).¹⁰

La tradición de utilización del paisaje a través de los recursos líticos ha sido uno de los rasgos que se reitera en las distintas comunidades de Sudamérica¹¹. En la región, la disponibilidad de los mismos se evidencia a través de distintos conjuntos de objetos realizados, que expresan un modo particular de intervención en el paisaje. “Las

¹⁰ En función de los distintos sitios arqueológicos hemos identificado casos. La información ha sido registrada en: Ficha 1 “estudios socioculturales”, comprende aspectos como ubicación, datación, comunidad, cosmovisión, lengua, organización social, tipo de subsistencia y producción cultural. Ficha 2 “paisaje”, donde se registran: clima, suelo, geomorfología, hidrología, provincia fitogeográfica y fauna.

¹¹ La tradición de las denominadas “apachetas” (del quechua y aimara) fueron muy utilizada en el Tiwantsuyo, particularmente en paisajes considerados singulares, dentro del trazado de las vías de comunicación del imperio inca.

estrategias de aprovisionamiento de materia prima habrían privilegiado las rocas locales (tales como la ortocuarcita y la ftanita o *chert*) pero habrían incluido también el uso de rocas exóticas para la confección de artefactos altamente conservados, mediante una técnica de reducción bifacial. El uso de estas rocas podría haber funcionado más allá de la esfera de lo utilitario”. (Politis et al, 2005, p. 219)

Como ha sido comprobado, fueron utilizados con fines prácticos o como expresión cultural, en particular en las vinculadas a las prácticas mortuorias. “Las estructuras construidas en piedra, registradas en los sistemas serranos de Tandilia y Ventania, son entendidas como indicadores de la intencionalidad de los grupos humanos de modificar ciertos espacios. La construcción de estas estructuras ha implicado una planificación en el uso del espacio y un profundo conocimiento sobre las condiciones físicas del ambiente en el que se emplazaron. Se las asocia, tradicionalmente, con funciones económicas dentro de un sistema pastoril en el que actuaban articulando rutas comerciales.” (Mazzia, 2004, p. 239)

En sintonía con estas expresiones, distintos autores han señalado que aún queda mucho por recuperar en los dos sistemas serranos, de lo que se conoce como “arte rupestre”. Las representaciones dan cuenta de la particularidad otorgada al sitio escogido para su ubicación, que puede reflejar vestigios de un orden cosmológico que han dejado sus marcas en el soporte natural. Por el momento las evidencias indican que: “El conjunto de sitios con representaciones rupestres se hace más significativo al concentrarse en la porción más oriental de Tandilia lindante con el océano Atlántico.” (Mazzanti, 2006, p. 294) Se ha podido notar la reiterada presencia de pictografías de color rojo (hematita), menos frecuentes las amarillas, con particulares diseños geométricos según los distintos sitios estudiados del sistema serrano-marítimo.

Dentro de los distintos sectores del sistema serrano, en el año 2005 se realizó un hallazgo casual que está permitiendo re-escribir la historia de sus antiguos habitantes, según se ha podido fechar a través de estudios precisos de laboratorio, fue habitado en el Holoceno Tardío, entre 3400 a 1750 A.P. La importancia simbólica del sitio denominado La Calera (Sierras Bayas) expresada en los 1650 años durante los cuales fue utilizado para realizar ceremonias rituales. En el texto “Persistencia ritual entre cazadores y recolectores de la Región Pampeana”, se da cuenta en detalle de la envergadura del hallazgo, dando a conocer la información etnográfica, etnoarqueológica y los datos históricos, haciendo referencia de lo complejo que ha resultado el abordaje de las prácticas rituales. El sitio posee notable depósito de artefactos líticos, tiestos de alfarería, y varios miles de restos óseos, evidenciándose como escenario de las acciones reiteradas que implica la realización de ceremonias.

En las conclusiones de este trabajo de campo se expresa: “En ese sentido, es el primer sitio pampeano que permite abordar de manera contextual las conductas rituales de las poblaciones prehispánicas más allá de las prácticas mortuorias y las pinturas rupestres. Aún no es posible detectar arqueológicamente los indicadores que permitan diferenciar entre el enterramiento de ofrendas y/o basura ceremonial, las que, por otro lado, no son excluyentes. Es probable que el depósito esté compuesto por

ambos aportes. Sin duda, el sitio Calera tuvo un origen múltiple y complejo en el que están involucradas diversas conductas, la mayoría de las cuales estarían funcionando primariamente en las dimensiones ideacional y social. Si se acepta, entonces, un origen ritual múltiple del sitio, se puede formular un modelo para explicar sus características y funcionalidad...” (Politis et al., 2005, p. 84)

Finalmente, los modos de habitar los paisajes vinculados al área serrana permiten conjugar y diferenciar distintos tipos: de cobijo, de producción alimentaria, de rituales en general y mortuorios en particular, de expresiones vinculados al arte rupestre, entre otros. La posibilidad de catalogarlos y diferenciar su uso y sentido simbólico son parte de las tareas a realizar. Una cuestión que consideramos de gran interés, que aquí ha quedado levemente esbozada, se relaciona a los posibles intercambios interregionales que, en su detección, estarían dando cuenta de recorridos particulares, con diferenciables secuencias de utilización dentro del territorio.

Paisaje y cultura

La dialéctica paisaje–cultura puede resultar productiva a la hora de indagar cómo las distintas comunidades configuraron lo que en términos actuales denominamos cosmovisión, como también, el probable contenido simbólico otorgado a ciertos entornos naturales. Como fue dicho, la noción de paisaje se fue reformulando a través del tiempo. Si bien en sus inicios refería a expresiones estéticas, en el siglo XV, en el llamado “Renacimiento”, y entre los siglos XVIII y XIX, esta connotación adquirió un significado más complejo y alcance territorial. Posteriormente, las lenguas hispánicas incorporaron los elementos que lo identificaban asociados a una particular condición ambiental (Naveh y Lieberman, 2001, p. 2). Con el advenimiento de nuevas ciencias, como la geografía y ecología, se incorporó a la definición la noción de “cultura”. Desde esta visión se desprende la idea, hoy tan referenciada, de “paisajes culturales”, que se asimila a las ciencias sociales en las primeras décadas del siglo pasado. Uno de los iniciadores de este enfoque ha expresado que: “el paisaje es una asociación de formas naturales y culturales existentes en la superficie terrestre” (Sauer, 1925, p. 34).

Desde una consideración dialéctica, en la noción de “paisajes culturales” está implícita la de “naturaleza”, entendida como el conjunto de elementos y fuerzas que componen el universo, y que integran la esencia de la tierra como parte de la creación del cosmos. Alexander von Humboldt tempranamente le incorporó al término nuevas facetas a partir del mundo natural, entendiendo que implica el carácter de una región terrestre, desde la idea de percepción de la naturaleza y en función de su morfología y funcionamiento. Consideramos entonces que un enfoque paisajístico permite construir una comprensión más compleja y dinámica de los procesos históricos. En este trabajo el término “paisaje” se plantea en función de las lógicas en base a las cuales los pueblos originarios han expresado sus relaciones con el mundo natural, dentro de un proceso de construcción cultural.

Desde esta perspectiva, hemos revisado algunos aspectos de la cosmovisión de comunidades que pertenecen a las tradiciones culturales de los pueblos llamados, de

modo genérico, Guaraníes. Este diverso grupo habitó en un vasto territorio, y fueron conocidos por distintos nombres, pero la denominación con que algunas comunidades se designan a sí mismas es Avá, que significa “persona” en guaraní, lo mismo que Aché y Mbyá que puede traducirse como “gente”. (Meliá, 2008, p. 5). En la actualidad comprenden grupos que, si bien se reconocen como parte de un gran pueblo, se diferencian culturalmente por su lengua, ya que la misma rama comprende diferentes desarrollos idiomáticos. Estas comunidades habitaban, y habitan, en una amplia región geográfica, el *bioma* de la selva paranaense, conocida hoy como “Paisaje Guaraní”. Desde el punto de vista geográfico, la región se caracteriza por estar surcada por abundantes cursos de agua, contiene tierras de bajas altitudes, clima templado y lluvias tropicales; se comporta como un ecosistema natural de cierta uniformidad, con diversa flora y fauna. El territorio guaraní originario no comprendía una extensión continua, sus habitantes se ubicaban en sitios renovables, apreciando el paisaje integralmente. Por su modo de vida trashumante, no se han detectado vestigios que reflejen principios de trazados geométricos en sus organizaciones espaciales.

De la historia del paisaje que podríamos denominar guaraní, se posee una amplia historiografía de la etapa posterior a la conquista, sobre todo en torno de las experiencias de las Misiones Jesuíticas, y sus expresiones visuales que reflejan el proceso de hibridación cultural. Respecto a sus modos de representar el paisaje en se ha señalado que: “Los esquemas espaciales de los guaraníes históricos aparecen en íntima relación con sus esquemas de figuración y mediación. Los guaraníes tenían una aguda conciencia de la fragilidad de la vida, pero no intentaban conjugarla como nosotros, a través de obras: la ciudad, el arte, la palabra escrita. Lo que hallamos es no solo el desprecio por los objetos fabricados, sino un tipo de representación simbólica alejada de lo que habitualmente se considera como tal, es decir, la “presencia de lo ausente” en un soporte material durable.” (Silvestri, 2014, p. 24).

Cabe destacar que distintas comunidades, en la etapa previa a ser misionados, no se establecían por mucho tiempo en un lugar. Aún hoy mantienen esta tradición, por ejemplo, las que habitan en la provincia argentina de Misiones. La visión que poseen de lo que implica sus posibilidades de movilidad, resulta un atributo cultural esencial, da sentido y dinamiza los diferentes elementos de la naturaleza. En términos simbólicos su nomadismo además se relaciona con la búsqueda de la mítica “Tierra sin Mal”, ese lugar privilegiado donde la tierra produce por sí misma sus frutos y donde no hay muerte (...) igualmente accesible a los vivos donde sin pasar la prueba de la muerte se podía ir en cuerpo y alma” (Clastres, 1989, p. 34-35).

Este lugar sagrado, pone en evidencia su especial valoración del espacio en comunión con la naturaleza a la cual “se pertenece”. La creencia que con el paso del tiempo en ambiente de abundancia puede sobrevenir el mal, se convierte así en una tierra agotada, que ya no da frutos, y deja de ser el paisaje productivo que facilitaba la vida. En estas comunidades la tierra significa un espacio de vida, un espacio donde poder desarrollar su manera de ser (Meliá, 2008, p. 7). Puede decirse entonces que se concibe el paisaje como un sistema de interrelación entre sus partes: el suelo, los bosques, los ríos y montes, contienen una dimensión espiritual que los convierte en

sitios sagrados, el mundo natural se interpreta desde una perspectiva integral. Las formas de organización social resultan claves para el manejo del espacio y la utilización de los recursos, el cuidado y conservación implican un modo de retribuir lo recibido. Esta relación de reciprocidad se refleja en la tierra y asegura los recursos para la subsistencia. El mundo natural los provee de simbología e identidad, es el espacio donde acontecen los eventos fundacionales de la vida. La caza, la pesca, la fertilidad, la muerte, adquieren sentido dentro del paisaje que da dimensión simbólica a estas relaciones.

En el presente, en la provincia argentina de Misiones dentro del particular paisaje serrano ubicado en torno a la localidad de San Pedro, existen numerosos grupos pertenecientes a la rama lingüística denominada Mbyá Guaraní, que conservan las tradiciones de sus ancestros. En función del interés de nuestro trabajo, observamos un trabajo de campo que allí se está desarrollando, donde se estudian en particular aspectos vinculadas a la lengua. A través de esta experiencia, hemos podido apreciar la intensa relación que sus habitantes mantienen con el mundo natural, así como el grado de articulación cultural que expresan en relación al paisaje.¹²

El Bajo Delta Insular del Río Paraná

Dentro de las diversas comunidades guaraníes, se pueden distinguir las que habitaron en paisajes donde la presencia del agua fue, en cierto sentido, aún más determinante. Es el caso de las que alternaron en sitios cercanos a la ciudad de Buenos Aires, y pueden ser considerados como los habitantes más antiguos del área. Se ubicaron en el hoy denominado Bajo Delta Insular del Río Paraná, que comprende uno de los humedales de mayor extensión, diversidad y uso poblacional de Argentina. En las últimas décadas, estos sistemas que por lo general comprenden suelos inundados intermitentemente, se fueron apreciando como uno de los más productivos y de mayor relevancia ecológica de la tierra. La porción terminal de la Cuenca del Plata constituye una región de rango biogeográfico especial, tanto por sus particularidades climáticas y los heterogéneos elementos de la flora y fauna, como por las diversas ofertas de hábitats y servicios ambientales.¹³

¹² En enero de 2016 hemos asistido en San Pedro, Misiones, a distintas actividades que forman parte del trabajo de campo que desarrolla la Lic. Mercedes Dolzani. Proyectos PICT y UBACyT “Lenguas indígenas de la Argentina y países limítrofes, con especial referencia a la región del Gran Chaco (toba, chorote, maká, mbyá y quechua boliviano). Estudios descriptivos, tipológicos y de contacto lingüístico”. Agencia FONCyT y CONICET (Facultad de Filosofía y Letras, UBA). Nuestro propósito en relación a esta experiencia es enriquecer el trabajo en curso, desde la perspectiva de lo que se conoce como “historia del tiempo presente”, para revisar hoy el modo que una comunidad se relaciona con la naturaleza.

¹³ Esta extensa región cuenta aún con escasas áreas protegidas, la más amplia se ubica en la Tercera Sección de Islas del Partido de San Fernando en la Provincia de Buenos Aires (Superficie: 88.624 ha). Fue declarada como Reserva de Biósfera: “por sus espacios singulares para el desarrollo sustentable real, basado en la participación, y la apropiación territorial y el respeto al patrimonio natural, a los paisajes y a la población que los habita”: declaración de Puerto Morelos, México 2010. De este modo, se protegen a ciertas especies en peligro de extinción como el ciervo de los pantanos y el lobito de río, y otras típicas de la zona como el carpincho; así como la vegetación nativa comprendida en el “monte blanco”, de pajonales, juncales y ceibos.

El Bajo Delta en términos geográficos también puede ser considerado como una transición ambigua entre la región mesopotámica y la pampeana. Su bioma contrasta con ambas regiones por la presencia de abundantes espejos de agua generando un particular microclima para ser habitado. En términos fitogeográficos (Cabrera A. L.) corresponde a la provincia Pampeana. En su constitución y características geomórficas, incluye un muy heterogéneo sistema de humedales que promueven su biodiversidad. Su peculiaridad está dada principalmente por la presencia de especies de linaje chaqueño y paranaense, propias de climas tropicales y subtropicales, que descienden desde el norte a través de los corredores que presentan los ríos Paraná y Uruguay y que pueden establecerse en la región por sus características climáticas.

Distintas especies vegetales nativas conviven en el delta, con otras de linaje templado provenientes de la Región Pampeana que lo rodea y con especies de abalengo marino-templado que ingresan a través del estuario del Río de la Plata. Las Unidades Ambientales y perfiles característicos pueden diferenciarse en: bosques, praderas y lagunas de llanuras de meandros, isletas de praderas de albardones bajos, praderas de cordones y depresiones, praderas con isletas de bosques de cordones y depresiones, bosques, praderas y arroyos de cordones y depresiones, praderas de antigua llanura litoral, arbustales de antiguos deltas, praderas de la Isla de Ibicuy y pajonales y bosques de las islas. (Quintana, 2011, p. 44 y ss)

El Bajo Delta contiene hoy un diverso patrimonio inmueble que abarca lugares naturales de condiciones especiales, sitios de profundo contenido histórico, diversidad de edificaciones, en particular distintas tipologías de viviendas que responden a la lógica de su implantación, y que han sido realizadas en el siglo XIX y comienzos del XX (Mirás, 2011, p. 179 y ss.) Pero también, comprende otros enclaves de gran interés, como sitios arqueológicos que hoy están siendo excavados; a través de distintos trabajos de campo se puede conocer un poco más de los modos de habitar de los primeros grupos que se instalaron en la región.

En este sentido, las posibilidades de diferenciar los procesos dinámicos desde la historia del paisaje implica integrarlos en una mirada pluridisciplinar, que facilite comprender lo multifacético de los procesos de transformación cultural. “La investigación actual sobre la Ecología de los asentamientos y los paisajes rituales y étnicos alcanza a ver el potencial del enfoque paisajístico. Un enfoque metodológico tan integrador podría facilitar el examen de temas tales como el uso ritual y la identidad étnica que están tomando importancia en la investigación arqueológica. Al ser el paisaje el escenario de la conducta económica, social y conceptual de todo el grupo, los estudios bajo este enfoque deben considerar contextos internos al lugar y contextos entre lugares. Más aún, el que los paisajes sean construcciones dinámicas necesita una búsqueda de pautas y de desarrollo de explicaciones holísticas más comprensivas, en las cuales, las personas, como actores, contribuyan a los cambios de sus condiciones de vida”. (Anshuetz, K. F. et al, 2001, p. 35)

En el Bajo Delta, las historias de las expresiones culturales se sustentan en trabajos arqueológicos que fueron iniciados hace más de cien años, pero que en las últimas

décadas se están revisando. En función de los mismos se conoce que los primeros habitantes del Bajo Delta Insular fueron los que los españoles llamaron: Chaná, Beguá, Timbú y Chaná-Timbú, que se diferencian en sus orígenes de los guaraníes que se instalaron en el área después. Estos estudios también refieren a un tercer grupo que los españoles llamaron “Querandí”, que habitaba en el interior de la llanura, que recorrían el humedal en busca de recursos. (Loponte y Acosta, 2011, p. 150)

Se destacan las similitudes en las prácticas necesarias para la subsistencia, de los grupos que compartían el mismo ambiente: “Desde fines del Holoceno tardío se aprovecharon abundantes peces y roedores pequeños de entornos acuáticos (coipos) y terrestres (cuises) y otros de mayor tamaño como los venados de las pampas y los ciervos de los pantanos. Tanto la arqueología como la etnohistoria nos muestran que las sociedades indígenas de la región metropolitana vivían de manera similar a otros grupos humanos que ocuparon las Tierras Bajas sudamericanas. Al igual que en distintos lugares del este de Sudamérica las canoas monóxilas fueron los medios de transporte adoptados por aquellas poblaciones que habitaron el paisaje ribereño y explotaron intensivamente sus recursos”. (Bonomo, M., Latini, S., 2012, p. 94)

Si bien en las hipótesis actuales se considera la presencia de grupos humanos de miles de años atrás, los principales vestigios con los que se cuentan datan de 2500 A.P., cuando sus habitantes basaban su subsistencia, en particular, en la pesca y en la caza de mamíferos. Según algunos trabajos arqueológicos en curso: “El fechado más antiguo que poseemos en el área del Paraná inferior corresponde al sitio de Playa Mansa, ubicado a pocos kilómetros al sur de la ciudad de Rosario”; pero aún es mucho el material arqueológico por explorar. Es de destacar las transformaciones de los paisajes según diferentes condiciones ambientales del pasado remoto, el delta se fue conformando muy lentamente, y el río Paraná corría a través de un cauce más angosto. La temperatura del agua era más baja y, por lo tanto, se puede inferir que contenía menor cantidad de especies de peces en su lecho. “Es probable que en aquel momento los grupos aborígenes constituyeran pequeñas bandas que se movían en grandes espacios que incluían las riberas del Paraná, con una economía basada en la caza del guanaco y especies hoy extintas, como el caballo americano. Para este período no hay evidencias que emplearan medios de navegación”. (Loponte y Acosta, 2011, p. 150 y 152)

En estudios de décadas anteriores, la presencia de la rama guaraní, y/o tupí-guaraní fue discutida, hoy se cuenta con suficientes evidencias de su numerosa presencia en las islas que comprenden el Bajo Delta. Por ejemplo, uno de los principales sitios arqueológicos se sitúa en el Arroyo Fredes, pertenece a la parte insular del partido de San Fernando, donde se ha podido detectar la presencia de mayor componente vegetal en las dietas alimentarias, y en particular el uso intensivo de la palmera Pindó. (Loponte, D., Acosta, A., 2005, p. 187). A lo largo del tiempo, los distintos grupos dieron muestras de diversas variantes de manipulación que ejercían sobre el mundo natural, aún en el marco de la evidente movilidad, que formaba parte de sus modos de habitar ciertos enclaves estarían reflejando la modificación de pautas culturales.

Se ha podido detectar que las distintas comunidades intervinieron la vegetación nativa generando “parches”, como lo testimonian los densos palmares de la región que aún persisten. Hacia 800 años A.P., se ha podido notar la alimentación en base a especies cultivadas, lo que estaría indicando un grado menor de nomadismo. Considerando que pertenecen a la tercera etapa que al comienzo del texto hicimos referencia, se puede notar en este período una movilidad más reducida de los cazadores y recolectores, y dentro de los grupos de guaraníes, la práctica intensiva de la horticultura que complementaría la dieta proveniente de la caza y la pesca.

La articulación entre el paisaje y cultura se expresa en los distintos vestigios hallados que generaron diversos paisajes culturales; se han podido rescatar un complejo sistema de objetos de uso cotidiano realizados en distintos materiales. En su observación se puede notar esquemas de abstracción de formas, con la presencia de diseños geométricos de gran elaboración. Diversas representaciones contienen referencias a elementos del mundo natural, en combinaciones muy variadas según los distintos objetos, difiriendo notablemente entre sí, de acuerdo a los sitios donde han sido rescatados. Los relatos que se poseen pertenecientes a los visitantes europeos realizados en los siglos posteriores, han dado cuenta del estado de beligerancia de los guaraníes. Esta condición se ha podido notar también a través del hallazgo de numerosos artefactos líticos, como instrumentos para la guerra, en cantidad muy superior a los de otros sitios no pertenecientes a estos pueblos.

En las últimas décadas, se ha podido constatar la numerosa y diversa población que habitó en el Bajo Delta, que se fue haciendo aún más evidente a través de distintos cementerios excavados. Se puede señalar entonces que, a pesar de la condición de movilidad de los guaraníes, desde sus prácticas mortuorias emerge la necesidad de otorgarle singularidad a un sitio. Si la Arqueología del Paisaje ha abordado la cuestión desde distintas perspectivas, desde nuestro punto de vista histórico, un paisaje adquiere especial sentido (los que contienen restos humanos) cuando ha sido escogido para albergar los antepasados de las distintas comunidades. De este modo, las transformaciones biológicas operadas y su contenido simbólico, refuerzan la relación vivencial de los espacios para la vida y la muerte.

Por último, como es bien conocido el primer contacto entre europeos y americanos en el área del Río de la Plata interior, en el frente de avance del delta, implicó la trágica muerte del navegante Solís. Los guaraníes practicaban la antropofagia, la utilizaban con potente connotación ritual, como un modo de sellar sus triunfos bélicos. En el siglo XVI, el profundo cambio biológico-ambiental que produjo la conquista contribuyó a la paulatina dispersión de los habitantes del Bajo Delta, y a su posterior extinción.

Cierre:

A través de los paisajes catalogados hasta el presente y de las nuevas incorporaciones que están siendo registradas en la base de datos, se propone a futuro reformular las etapas y entradas a los contextos problemáticos, para aproximarnos a sus posibles e inextricables interpretaciones. Hoy los casos de estudio se pueden

enriquecer en función de los nuevos y renovados trabajos arqueológicos, reflejados en investigaciones puntuales que proponen abordar el trabajo de campo desde enfoques pluridisciplinarios.

Sin embargo, y como hemos sostenido en otros Proyectos de investigación que realizamos en nuestra cátedra, los materiales disponibles para el estudio de la historia del paisaje local, comprende un campo aún acotado de producción. Si bien en el presente se cuenta con diversas publicaciones sobre las comunidades, consideramos que queda mucho por revisar sobre los paisajes originarios desde sus particularidades en las distintas regiones, en especial sobre los que cobraron sentido en la etapa previa a la conquista.

Entendemos que la tarea implica el desafío de hilvanar procesos complejos y ambiguos, que presentan a veces la dificultad de disponer de las fuentes suficientes para configurar y expresar sus historias. En función de lo dicho, nuestras próximas metas exploratorias implicaran continuar identificando paisajes ancestrales, así como reformular sus posibles grados de interacción territorial, y estudiar sus lógicas de conformación en relación a sus vestigios y expresiones culturales.

Referencias bibliográficas

Aliata, F., Silvestri, G. (2001), *El paisaje como cifra de armonía*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Anschuetz, K. F., Wilshusen, R. H., Sheick, Ch. L. (2001): "An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions". *Journal of Archaeological Research*, vol. 9, nº 2. Disponible en castellano <http://departamento.us.es/atlas/documentos/articulos/Anschuetz-arqueologiapaisajes>.

Bonomo, M., Latini, S., (2012), *Arqueología y etnohistoria de la región metropolitana: las sociedades indígenas de Buenos Aires*, en Athor, J. (Editor), *Buenos Aires, la historia de su paisaje*, Buenos Aires, ediciones Azara.

Atlas Ambiental de Buenos Aires (2010) – <http://www.atlasdebuenosaires.gov.ar>

Burke, P. (1990), *La revolución historiográfica francesa*, Barcelona, Gedisa.

Bruniard, E. D., (1999) El escenario geográfico, en AAVV, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Planeta.

Clastrès, H. (1989), *La tierra sin mal. El profetismo Tupí Guaraní*, Buenos Aires, Del Sol.

Crivelli, E., (1999) "La región pampeana", en AAVV, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Planeta.

Dillehay, T (2000), *The Settlement of the Americas. A new Prehistory*, Nueva York, Basic Books, 2000.

Fernández, R. (2009), Paisaje de Paisajes. Panorama de tendencias, en *Naturaleza. Experimentos de arquitectura & diseño*, N° 2.

Fernández, R. (1998), *El laboratorio americano. Arquitectura, Geocultura y Regionalismo*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Güiraldes, R., (1926/ 2004) *Don Segundo Sombra*, Buenos Aires, Ediciones Cátedra.

Loponte, D., Acosta, A. (2011) Arqueología del Bajo Delta, en Quintana et al, *El patrimonio natural y cultural del Bajo Delta Insular del Río Paraná*, Buenos Aires, Aprendelta.

Loponte, D., Acosta, A. (2005), Nuevas perspectivas para la arqueología “guaraní” en el humedal del Paraná inferior y río de la Plata, en Cuadernos del Instituto de Antropología y pensamiento Latinoamericano, N° 20. Disponible en: <http://revistas.inapl.gob.ar/index.php/cuadernos/article/viewFile/576/345>

Mandrini, R., (2008), *La Argentina aborigen*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Mazzia, N., (2013), Lugares y paisajes de cazadores recolectores: una propuesta para su estudio, en *Revista del Museo de La Plata*, sección Arqueología, 13. Disponible en: http://www.fcnym.unlp.edu.ar/uploads/docs/rmlp_antro_2013_t13_n87_mazzia.pdf

Mazzanti, D, (2006) “La construcción de territorios sociales durante el holoceno tardío. El caso de las Sierras de Tandilia”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXI*, Buenos Aires. Disponible en: <http://www.academia.edu/4163407/2006>.

Meliá, B. (2008). “*Guaraní Reta: Pueblos Guaraníes en las fronteras de Argentina, Brasil y Paraguay*”, Asunción, AGR.

Mirás, Marta, Arquitectura y paisaje, las viviendas del Bajo Delta Insular del Río Paraná, en Quintana et al, *El patrimonio natural y cultural del Bajo Delta Insular del Río Paraná*, Buenos Aires, Aprendelta.

Naveh, Z. y Lieberman, A. (2001). *Ecología de Paisajes. Teoría y Aplicación*, Buenos Aires, Editorial Facultad de Agronomía.

Orejas, A., Ruiz del Árbol, M. (2013), Arqueología del Paisaje: procesos sociales y territorios, en Quizoz Castillo, J (Director) *La materialidad de la historia. La arqueología en los inicios del siglo XXI*, Madrid, Ediciones Akal.

Politis, G, Messineo, P, Kaufmann, G (2004) El poblamiento temprano de las llanuras de Argentina y Uruguay, en *Complutum* vol. 15. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/CMPL/article/viewFile/CMPL0404110207A/29625>.

Politis, G. et al., (2005), Persistencia ritual entre cazadores y recolectores de la llanura pampeana, en *Boletín de Arqueología PUCP*, N° 9. Disponible en: http://www.academia.edu/930625/Persistencia_ritual_entre_cazadoresrecolectores_de_la_llanura_pampeana

Quintana, R. D., Villar, V, Astrada, E., Saccone, P., Malzof, S., (Editores) *El patrimonio natural y cultural del Bajo Delta Insular del Río Paraná*, Buenos Aires, Aprelenda.

Ramos, J. (2004), *La aventura de la pampa argentina. Arquitectura, ambiente y cultura*, Buenos Aires, Corregidor.

Sauer, C. (1925), *The morphology of Landscape*, cen Polis, Revista Latinoamericana, vol. 5, N° 15, 2006. Disponible en: <https://polis.revues.org/5015>

Silvestri, G. (2014), Las heterotopías felices, en AAVV, *Anales de Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo"*, N° 44.

Williams, R. (2003), *Palabra clave, un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Bibliografía

Aguerre, Ana, Lanata, J.L. (2009), *Explorando algunos temas de arqueología*, Buenos Aires, Gedisa.

Barbosa Sánchez, Araceli, (2017) Representación del paisaje americano desde la perspectiva artística de la sustentabilidad, en *Artelogie. Recherche sur les arts, le patrimoine et la littérature de l'Amérique latine* Disponible en: <http://artelogie.revues.org/811>

Berón, M.A.; Baffi E.I (2003) Procesos de cambio cultural en los cazadores recolectores de la provincia de La Pampa, Argentina. *Intersecciones en Antropología* 4. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/262590980_Procesos_de_cambio_cultural_en_los_cazadores_recolectores_de_la_provincia_de_La_Pampa.

Briones, C, Lanata, J.L.,(2002) *Archaeological and Anthropological Perspectives on the Native Peoples of Pampa, Patagonia, and Tierra del Fuego to the Nineteenth Century*, Connecticut, Bergin and Garvey's Co.

Cabrera, A.L. (1976). Regiones fitogeográficas argentinas, en AAVV, *Enciclopedia argentina de agricultura y jardinería*, Tomo II, Buenos Aires, Acme.

Carandini, A. (2001), Arqueología e Historia, en *Diccionario de Arqueología*, Barcelona, Crítica.

Cebolla Badie, Marilyn, (2016) *Cosmología y naturaleza mbya-guaraní*, Buenos Aires, Biblos.

Dolzani, Mercedes, (2016), La partícula ra'e en guaraní mbyá. Evidencialidad y temporalidad, en *Liames, lenguas indígenas americanas*, vol. 16, n° 2. Disponible en: <https://periodicos.sbu.unicamp.br/ojs/index.php/liames/article/view/8646226>

Galafassi, G. (2001), Las preocupaciones por la relación Naturaleza-Cultura-Sociedad. Ideas y teorías en los siglos XIX y XX. Una primera aproximación, en *Revista Theomai* n°3. Red Internacional de Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo. Universidad Nacional de Quilmes. Argentina.

Galafassi, G, Zarrilli, A., (2002) *Ambiente, sociedad y naturaleza. Entre la teoría social y la historia*, Buenos Aires UN Quilmes Ediciones.

Gonzalez Bernaldez, F (1981), *Ecología y paisaje*, Madrid, Blume.

Hardoy, J.E. (1999) *Ciudades Precolombinas*, Buenos Aires, Ediciones Infinito.

Manuel, D. (2012), Territorialidad y paisaje: Ollantaytambo, en AAVV, *Ciudades y Territorio en América del Sur del siglo XV al XVII*, Buenos Aires, Nobuko.

Martinez Sarasola, C. (199-2013), *Nuestros paisanos los indios*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo.

Meliá, B. (2012). "La obra lingüística de Antonio Ruiz de Montoya, Madrid, Real Academia de la Lengua.

Sabaté Bel, J. (Director) (2014), *Laboratorio Internacional de Paisajes Culturales*, Barcelona, ID Identidades Barcelona digital.

MARTA MIRÁS

Doctora de la Universidad de Buenos Aires y Arquitecta, Especialista en Historia y Crítica de la Arquitectura, el Diseño y el Urbanismo (FADU UBA) y en Diseño y Planificación del Paisaje (Universidad Torcuato Di Tella). Es Profesora Adjunta Regular de Historia e interina de Teoría de la carrera de Arquitectura y profesora Titular de Historia de la carrera de Diseño y Planificación del Paisaje (FADU UBA). Dicta Seminarios de Doctorado, Maestría y Posgrado en Universidades nacionales e internacionales.

Ha realizado presentaciones científicas y dictado conferencias en Argentina y otros países de la región. Es Investigadora Principal del “Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzo”. Es autora de distintos libros, capítulos de libro y numerosos artículos sobre la especialidad de publicación nacional e internacional. Dirige proyectos acreditados por la Universidad de Buenos Aires y por la Secretaría de Investigaciones (SI-FADU). Actúa como evaluadora de proyectos de investigación y como referato de publicaciones, jurado de concursos y dirige trabajos de tesis y becarios de posgrado.

Ha recibido premios y distinciones, entre ellos el “Primer premio Sociedad Central de Arquitectos-Consejo Profesional de Arquitectura y Urbanismo 2014”, en la categoría Investigaciones publicadas. Se desempeña como Presidente de la Subcomisión Universidad de la Sociedad Central de Arquitectos, formando parte de la Comisión Directiva de dicha institución y del Centro Argentino de Arquitectos Paisajistas. Es titular del Estudio de Arquitectura “Mirás-Dolzani”, arquitectos.